EN DIÁLOGO SOBRE FRATELLI TUTTI. LA FRATERNIDAD Y LA AMISTAD SOCIAL.[1]

CARDENAL CARLOS OSORO SIERRA
Cardenal Arzobispo de Madrid.
Presidente del Patronato y Director del Seminario de Teología de la Fundación Universitaria Española.

Muchas gracias por permitirme hacer verdad lo que he señalado en mi última Carta Pastoral en Madrid, que la he titulado, utilizando aquellas palabras de Jesús a Zaqueo, que, subido en un árbol, el Señor se quedó mirándolo, lo llamó y le dijo, "Quiero entrar en tu casa". Yo agradezco, porque me abrís vuestra casa, vuestra vida, para poder estar con vosotros. Y, lo hago con mucho gusto, porque siempre me he sentido muy unido a todos los países de América Latina, en los que pongo todo mi corazón y en la medida que puedo estoy con ustedes.

Mi reflexión va a ir en torno a lo que a mí me parece que es fundamental y que ya el Papa Francisco, cuando nos está llamando a un pacto global sobre la educación, resalta con fuerza. De alguna manera la Encíclica que el Santo Padre nos ha regalado (Fratelli Tutti, sobre la fraternidad y la amistad social), cuando la leí por primera vez, sentí que yo mismo había lanzado este grito a los que tenía a mi lado. El Papa plantea aquí un sistema educativo absolutamente nuevo, porque ese deseo mundial de hermandad que existe en esta época que nos toca vivir, ese deseo de reconocer la dignidad de cada persona que nace y que está en todos nosotros, es un deseo de la humanidad.

Como dice el Papa "qué importante es soñar juntos". Soñar como única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como dice el Papa, como hijos de esta tierra que nos cobija a todos, a cada uno con la riqueza de su fe y con la riqueza de los dones y convicciones fundamentales que él nos ha dado, pero todos como hermanos.

En este sentido me parece que la Encíclica platea algo que es fundamental, ¿educamos para cerrarnos en este mundo, cada uno en el mundo concreto que tenemos o educarnos para abrirnos al mundo? Porque es verdad que, cuando vemos donde estamos pisando, estamos viendo que abrirse al mundo es una expresión muy utilizada en la economía y finanzas y se refiere quizás, a la apertura de intere-

1 Ponencia realizada en el Encuentro Internacional Oswaldo Payá Sardiñas de Noviembre de 2020 organizado por la Universidad Miguel de Cervantes de Chile.

ses extranjeros, o la libertad de poderes económicos para invertir sin trabas, sin complicaciones en todos los países.

Pero debemos lanzarnos a entender mucho más y mejor lo que significa para nosotros abrirse al mundo. El bien, como también el amor, la justicia y la solidaridad, no se alcanzan de una vez para siempre, han de ser conquistados por nosotros cada día, en todos los momentos de nuestra vida.

No es posible conformarse con lo que ya se ha conseguido e instalarnos en el pasado, porque, además, hay que tener en cuenta las situaciones que vivimos los seres humanos. Por eso, es especialmente importante esta cultura, que a veces divide a las personas, divide a las naciones, en una sociedad cada día más globalizada, en que nos hacemos más cercanos los unos a los otros, en que nos damos cuenta de que no estamos solos, y que tampoco pueden prevalecer los intereses individuales, y que no podemos debilitar esta dimensión comunitaria de la existencia, que cada día es más percibida por todos nosotros.

Es necesario que hagamos de este mundo un espacio más abierto, este mundo que necesita de las jóvenes relaciones. Tienen ellos que hacerse y rehacerse, junto con sus pueblos, en la riqueza espiritual y humana que nos hace descubrir que el otro es nuestro hermano.

Cuidar este mundo, cuidar esta humanidad, cuidar lo que nos rodea, supone que necesitamos todos constituirnos en un "nosotros que habita la casa común". Ese cuidado, interesa en todos los aspectos de la vida. Esa cultura que estamos gestando, que a veces está vacía, que es inmediatista, que no tiene un proyecto común, es necesario que hagamos otra cultura diferente.

El descarte mundial en que a veces vivimos los seres humanos, ese no descubrir los derechos humanos que son universales y que tenemos que ayudarnos a vivir los unos a los otros, estas pandemias que está sufriendo toda la humanidad del Covid 19, nos hace descubrir que la gran pandemia de la humanidad es no abrirnos a todas las situaciones. Hay que recordar, como dice el Papa, que nadie se salva solo, que únicamente es posible salvarnos juntos.

Por eso, incluso, esta pandemia que hemos vivido y que asola a toda la humanidad, nos está haciendo ver, cómo la tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto falsas seguridades en las que habíamos construido

quizás toda nuestra vida, nuestras agendas, nuestras visiones, nuestros proyectos, nuestras prioridades. Con la tempestad se ha caído lo que el Papa llama "el maquillaje" con el que nos disfrazábamos. Es necesario, entonces, dejar de aparentar, poner al descubierto nuestra vida, no evadirnos de esa pertenencia que tenemos de hermanos, los unos a los otros.

Por eso es importante que no olvidemos las lecciones de la historia. Y es importante que descubramos, precisamente, donde está esa dignidad del ser humano.

Las ideologías han perdido a veces el pudor y lo que hasta hace pocos años no podía ser dicho por alguien sin el riesgo de perder el respeto de todo el mundo, hoy puede ser expresado con toda crudeza aun permaneciendo impune. Por eso no cabe ignorar el mundo en el que estamos, no cabe ignorar el funcionamiento que tenemos entre nosotros, no cabe ignorar los fanatismos que aparecen en nuestro mundo y que a veces llevan a destruir los unos a los otros y que llevan a protagonismos de todo tipo.

Incluso muchas veces la fe también lleva ese protagonismo de la división y que se da dentro de nosotros, los cristianos. Por eso, el sentarse a escuchar a otro, característico gesto de un encuentro humano, es un paradigma de actitud receptiva, que supera el narcisismo y recibe al otro y le presta atención y lo acoge en su propio circulo. En el mundo de hoy, que en su mayoría a veces es sordo, esto no se hace.

No hay que perder, como nos dice el Papa, la capacidad de escucha. En Fratelli Tutti, el Papa nos propone a San Francisco de Asís, que escucha la voz de Dios, que escuchó la voz del pobre, del enfermo, de la naturaleza, la voz de los que más lo necesitan, y todo adoptado de acuerdo a un estilo de vida. San Francisco de Asís decía que las semillas crezcan en todos los corazones, la semilla de la fraternidad. En ese sentido, a mí me parece que estamos en un momento de la humanidad en que podemos buscar juntos la verdad en el diálogo, en la
convicción reposada, en la discusión no apasionada, sino en esa discusión de quien tiene puntos de vista diferentes, pero que acoge también la verdad de los otros. Ese es un camino que es perseverante, que a veces hay que hacerlo en el silencio, en la paciencia, pero que, a la larga, es la mejor sabiduría para todos los pueblos y para todos los seres humanos.

Hagamos una cultura abierta.

En un artículo que escribía hace algún tiempo, refiriéndome a nuestro país (España), que ha aprobado en primera instancia un proyecto de ley nueva en educación, decía lo siguiente: "no apaguemos la luz de la libertad del pueblo". Este proyecto de ley preguntaba yo ¿integra los nuevos y viejos valores que son el alma de la conciencia española, que recoge nuestra Constitución y que han de convertirse siempre en fermento de fraternidad y de convivencia? ¿o provoca todo lo contrario?

Y añadí otra pregunta: ¿Qué valores, qué actitudes, son los necesarios para que un texto legal, que necesariamente ha de buscar la justicia y en este caso el promover la verdad del ser humano, sea a la vez, de reconciliación y dinamizadora de la voluntad de buscar siempre la concordia? ¿Qué valores, qué actitudes son necesarios para buscar la concordia para buscar la reconciliación y el dinamismo de quienes con voluntad, buscan siempre el construir la fraternidad?

En ese sentido yo decía: "No apaguemos la luz de la libertad que necesita un pueblo para construirse".

Yo les digo, para educar, busquemos una luz en medio de lo que estamos viviendo. El Papa, en Fratelli tutti, nos habla de un nuevo camino, uno diferente, el intento de buscar una luz. Y antes de buscar nuevas estrategias, el Papa dice que quiere dedicar un capítulo a una parábola dicha por Jesucristo hace 2000 años. Se refiere a la parábola del buen samaritano, en el capítulo segundo de su Encíclica.

Me detendré en una carta pastoral que escribí, donde hago una reflexión sobre el ciego Bartimeo. Aquel hombre, que está al borde del camino, está gritando y pidiendo auxilio. Pasa mucha gente y también pasa Jesús con sus discípulos, que intentan que el Maestro siga adelante, pero Jesús se vuelve y vuelve su mirada hacia el ciego Bartimeo para decirle, "¿qué quieres que Haga por ti?". El ciego Bartimeo, le dice: "Raví, que recobre la vista". Hay que entender esto de manera muy amplia, se trata, en general de un ciego que pide una visión nueva. En definitiva, es lo mismo que el Papa, en Fratelli Titti, nos quiere proponer a todos nosotros.

Creo que ninguna ley humana puede garantizar la dignidad personal y la libertad del ser humano tan perfectamente como en el Evangelio de Cristo, que, a través de la Iglesia, se nos regala. Porque conforme a ese Evangelio, que a la Iglesia le ha sido confiado, y a todos los cristianos, proclamar los derechos del ser humano, reconocer y apreciar el dinamismo de este momento que estamos viviendo, como

que se promueven por todas las partes los derechos, es algo muy importante. Salir de sí, manteniendo más y mejor una relación profunda con el otro y viendo quien es el otro de verdad, es una necesidad imperiosa para todos nosotros.

Por eso en esta carta que escribí hace años, hacia una pregunta a los madrileños y les decía, ¿estamos contaminados por la cultura del descarte o estamos sanados por Jesucristo?.

Un mendigo, Bartimeo, hijo de Timeo, nos dice el Evangelio, estaba sentado al borde del camino, pidiendo limosna. ¿Cuántas personas, cuantos grupos, encontramos al borde del camino en estos momentos de la historia? Pensemos por un momento los que nosotros vemos, y démosle nombre.

Estamos en una época nueva, la era de la cultura digital, del conocimiento, de la información, en la que se generan grandes saltos cualitativos y cuantitativos acelerados y acumulativos, que tienen su manifestación en el desarrollo científico, en la innovación tecnológica, en todas las aplicaciones, en todos los campos de la vida. Esta nueva realidad de las ciencias, de las tecnologías, de la información, de la intercomunicación cibernética, ha producido un desarrollo de dimensiones planetarias. ¿Qué supone esta globalización en todos los terrenos?

¿Qué supone, por ejemplo, cuando la ideología económica parece que se idolatra, como si fura lo único que existe? Ciertamente esto afecta gravísimamente a todos los seres humanos, porque hay muchos Bartimeos, porque existen injusticias, desigualdades cada vez más profundas. Olvidamos que todos somos hermanos, como dice el título de la Encíclica. Frente a estas ideas, surge hoy una nueva visión, donde aparece Bartimeo, que además está ciego, al borde del camino, y nos encontramos también hombres y mujeres, que no solamente están abajo en la estratificación social, no solo no tienen ingresos suficientes, carecen de poder, mal viven en las periferias, son explotados, se encuentran fuera de nuestra sociedad. ¿Qué nos está sucediendo? ¿Qué constataciones podemos hacer en estos momentos de nuestra cultura? ¿Cómo afecta esto a los que nos decimos cristianos?

Recodemos algo que es fundamental y es que la misión propia, que Cristo encomendó a su Iglesia, es verdad que no es de orden político, ni económico o social, pues el fin que le asignó es de orden religioso. Pero precisamente por esa misión religiosa, que, a través de sus tareas, luz y fuerza, pueden servir para construir y fortalecer la comunidad de los seres humanos, según la ley divina.

Además, la Iglesia reconoce todo el bien que se encuentra en el actual dinamismo social. Para la Iglesia y para todos los cristianos, es fundamental no olvidar esto: los discípulos de Cristo tenemos la tarea imprescindible de cultivar esta "cultura del encuentro", esta cultura abierta, esta cultura de salir al camino, como nos dice el Papa respecto del Buen Samaritano. Y cuando veamos alguien pidiendo ayuda, debemos bajarnos de nuestro pedestal, acercarnos a quien está ahí tirado, curarlo, vendarlo, recogerlo y tomarlo en nuestras manos, prestarle nuestra cabalgadura y llevarlo a una posada para que siga recuperando la gracia y la vida y, por supuesto, la dignidad.

A través de los siglos, esto lo ha venido haciendo la Iglesia en todas las partes de la tierra donde se ha hecho presente, y no lo podemos olvidar los cristianos.

Para nosotros, es fundamental seguir preguntando, "¿qué quieres que Haga por ti?"

Por eso tenemos que educar, pensando y gestando un mundo abierto, un mundo de hermanos, que a mí me parece fundamental en nuestra vida. El amor al otro, por ser quien es, nos mueve a buscar lo mejor para su vida. Son palabras textuales del Papa Francisco: "Solo a través del cultivo de esta forma de relacionarnos, hacemos posible esta amistad social que no excluya a nadie, y hace una fraternidad abierta a todos".

El amor al otro, por ser quien es, nos mueve a buscar lo mejor para su vida. El amor al otro nos pone fundamentalmente en tención hacia la comunión. Nadie madura ni alcanza su plenitud aislándose; al contrario, por su propia dinámica, el amor reclama una creciente apertura, mayor capacidad de acoger a los otros en una aventura que nunca se acaba. Todos somos hermanos.

No estoy proponiendo aquí, un universalismo autoritario, abstracto, digitalizado, planificado o como queráis; no, no estoy proponiendo esto. No estoy haciendo un sueño falso, universalista, que termina quitando al mundo su variado colorido, la belleza que tiene el mundo, en definitiva, la humanidad que tiene. No estoy haciendo eso.

El futuro, como dice el Papa, no es monocromático, sino que es posible si nos animamos a míralo en la diversidad de lo que cada uno puede aportar. Cuanto necesita aprender nuestra familia humana es a vivir juntos en armonía, en paz; y en este sentido, el Papa nos está llamando a ese pacto global por la educación.

La convocatoria del Papa Francisco, sobre educación, y a reconstruir el pacto educativo global, constituye, sin duda, una de las propuestas esenciales de su pontificado.

La Encíclica a la que hacemos referencia, no es un texto más. Según mi parecer, pertenece, precisamente, a eso que a mí me parece fundamental. Todo ser humano tiene derecho a vivir con dignidad y a desarrollarse integralmente, y ese derecho básico no puede ser negado por ningún país. Lo tiene, aunque haya nacido o crecido con limitaciones. Su dignidad de persona no se queda limitada, no se fundamenta en las circunstancias, sino en el valor de la persona, en el ser mismo de la persona.

Por eso, este pacto global es una llamada del Papa hacia el mundo entero, para alinear la educación en la construcción sobre la solidaridad universal.

Como iniciativa eclesial, está en línea con la que la iglesia promueve en la cultura del encuentro que el Papa nos anima a vivir. Una Iglesia que sale a los caminos reales de las personas y que busca el encuentro con los seres humanos, con el cuidado de la casa común y con la fraternidad humana, propuestas esenciales que hace el Papa Francisco y que se alientan precisamente en esta Encíclica.

El valor de la solidaridad, nos dice el Papa Francisco, la persona humana, con sus derechos, está abierta a los vínculos. De hecho, en su propia raíz reside la llamada a trascenderse a sí mismo, al encuentro con los otros. Por eso es necesario prestar atención, para no caer en algunos errores que pueden limitar los derechos humanos.

Existe hoy, una concepción oculta de la persona, desligada de todo contexto social y antropológico. Si el derecho de cada uno no está ordenado al bien más grande, terminan por concebirse procesos que producen conflictos y violencia a veces en nuestra vida.

No podemos dejar de decir que el deseo y la búsqueda del bien de los demás y del bien de la humanidad implican procurar una maduración de las personas y de la sociedad en valores morales que lleven a un desarrollo integral de las personas.

Por todo ello, la iniciativa de este pacto global del Papa y todas las preocupaciones que nos propone. En esto, hay que hacer referencia a dos preocupaciones de las

más emblemáticas del Papa, la "ecología integral", en la Encíclica Laudato Si, invitando al cuidado de las personas y del planeta; y por otra parte la Encíclica a la que nos hemos referido, sobre la fraternidad humana, en la declaración que hace en el inicio de este documento, convocando a las religiones al diálogo y a la necesaria reconstrucción de la paz en la casa común.

Es por eso que mejorar el mundo requiere de un camino educativo. El documento del Santo Padre nos habla de cómo hay que educar hombres y mujeres de corazón abierto al mundo entero.

El capítulo cuarto de la Encíclica, denominado "Un corazón abierto al mundo entero", nos habla precisamente de cuando el prójimo es una persona migrante, pues ahí se agregan desafíos complejos. Es verdad que lo ideal sería evitar las migraciones innecesarias y, para ello, el camino es crear, dice el Papa, en los países de origen, condiciones de una vida con dignidad, de manera que se puedan encontrar ahí mismo las condiciones propias del desarrollo integral.

Pero, sigue diciendo el Papa, mientras no haya serios avances en esta línea, nos corresponde respetar el derecho de todo ser humano a encontrar y satisfacer, no solo sus necesidades básicas y las de sus familias, sino también realizarse integralmente como persona.

Cuando el Papa activó esta iniciativa de tipo mundial, con el objetivo de reconstruir un pacto educativo global, solicitó en su convocatoria, lo siguiente, "reavivar el compromiso por y con las jóvenes generaciones, renovando la pasión por una educación más abierta e inclusiva".

Esa llamada del Papa conecta, y así lo deja claro en las palabras iniciales, con su compromiso de mejorar el mundo, en concreto, con su propuesta ética y de una ecología integral. Allí convocaba a todos los cristianos, creyentes, todas las tradiciones religiosas y a los hombres y mujeres de buena voluntad, a cuidar el planeta, a construir la casa común de la humanidad.
Este compromiso se percibe, en esta propuesta que nos hace la Encíclica, "la fraternidad universal". "Ha llegado el momento, dice el Papa, de que las religiones se empeñen más activamente, con valor y audacia, con sinceridad, en ayudar a la familia humana a lograr la capacidad de reconciliación".

La novedad que plantea el Papa, radica en estas propuestas éticas de Laudato Si

y Fratelli Tutti, a saber, un camino educativo que haga madurar una nueva solidaridad universal, una sociedad más acogedora.

Hoy más que nunca, es necesaria una alianza educativa amplia, para formar personas maduras, capaces de construir relaciones para una humanidad más fraterna.

En definitiva, estamos convocados a poner la persona humana en el centro de la educación y en todas las dimensiones que tiene la persona. No recortemos la persona, en que la dimensión trascendente es también singular y necesaria.

La propuesta por el pacto global por la educación, del que nos habla el Papa, se explica cuando nos dice "la mejor política, al servicio verdadero del bien común" en el capítulo quinto.

El Papa hace una apuesta y dice: "la pretensión de instalar el populismo como clave de lectura de la realidad social, tiene otra debilidad que ignora la legitimidad de la noción del pueblo. El intento de hacer desaparecer del lenguaje de esta categoría podría llevar a eliminar la misma palabra democracia, es decir, el gobierno del pueblo. No obstante, si no se quiere afirmar que la sociedad es más que la mera suma de los individuos, se necesita la palabra pueblo. La realidad es que hay fenómenos sociales que articulan a las mayorías que buscan mega tendencias y búsquedas comunitarias, también se puede pensar en objetivos comunes, más allá de las diferencias para conformar un proyecto común. Es muy difícil proyectar algo grande a largo plazo si no se logra que eso se convierta en un sueño colectivo".

La fraternidad universal, la fraternidad de los seres humanos, debe de ser un sueño colectivo, en que estamos convocados a poner a la persona en el centro, con un horizonte humanista de la dignidad y de la fraternidad.

El pacto global de la educación propone un camino fundamental: tener la valentía y el coraje de colocar a la persona en el centro. Este pacto promueve una sana antropología, como dice el Papa, y pone los ejes programáticos para una nueva educación.

Estos tres ejes, son:

1.- Busquemos modelos para entender la economía, la política, el crecimiento, el

progreso, poniendo al centro el valor de cada persona.

2.- Invirtamos las mejores energías en educar a personas abiertas, para construir a su vez, una cultura abierta, responsable, dispuesta a la escucha y capaz de mejorar las relaciones humanas.

3.- Que se formen personas que se pongan al servicio de la comunidad, sobre todo tendiendo la mano con ternura y comprensión a quienes tienen más necesidades tienen.